



Mariano José de Larra

**Representación de la comedia original en tres actos y en verso titulada «Un tercero en discordia», de don Manuel Bretón de los Herreros**

2003 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

Mariano José de Larra

## **Representación de la comedia original en tres actos y en verso titulada «Un tercero en discordia», de don Manuel Bretón de los Herreros**

Una comedia nueva del aplaudido autor de A Madrid me vuelvo y de la Marcela no podía menos de llamar la pública expectación, y aun de prevenirla favorablemente.

En esta composición dramática, como en la Marcela, se ha propuesto el poeta no censurar un defecto ridículo determinado, no ridiculizar un vicio feo o una pasión denigrante, no un objeto moral circunscrito y de general aplicación. Un cuadro bien presentado, en que se reúnen a formar el conjunto varios caracteres sacados de la sociedad, hábilmente colocados en contraste, parece haber sido la idea del autor.

En la Marcela es una mujer amable, cuya peligrosa amabilidad da esperanzas a tres amantes igualmente indignos de su alto cariño. En Un tercero en discordia es una joven perseguida también por tres amadores; los caracteres nuevos que presenta esta composición dramática son los de los dos amantes más importunos de Luciana. El uno es un joven en demasía desconfiado del cariño y fidelidad de su amada; en una palabra, un joven celoso. El segundo es un necio, por el contrario, harto confiado en el amor de una mujer que no le ha dicho siquiera que le ama, pero de cuyo cariño cree poder estar seguro; en una palabra, un presuntuoso. Un tercero en discordia, que ni es celoso, ni presuntuoso, sino un tipo de la perfección social, un amante que ama sin prisa, sin mal humor nunca, que jamás confía en que es amado, que nunca exige nada, impasible, eterno, imagen del no movimiento y de la no acción, es el justo medio presentado en este carrusel amatorio. A los ojos de una mujer sentimental, exaltada, romántica, de pasiones vivas, pudiera no parecer don Rodrigo el más perfecto ni el más amante; pero a los ojos de una muchacha bastante fría, como el autor nos la pinta, bien educada, y de suyo sosegada, no hay duda que don Rodrigo debe de ser el amante preferido, el esposo. El padre de la niña es un buen hombre, que tiene más de tonto que de otra cosa, de estos que hablan con las manos, que escriben la conversación, conforme la van haciendo, en el pecho de su interlocutor, que le desabotonan el chaleco y le quitan el lazo de la corbata, etc. Una ama de gobierno vieja, de estas que hacen oficios de todo en las casas, regañona y entrometida en los intereses de la familia, es el quinto y último personaje de la comedia.

De esta construcción del plan se infiere que el contraste que presentan el celoso y el confiado ha de dar lugar a escenas cómicas: así es, rasgos hay felicísimos que revelan el autor cómico. El confiado, traduciendo todos los desaires y desprecios por disimulo o enojo amoroso, es sumamente cómico y lindamente imaginado; el celoso, por el contrario, tratando de luchar inútilmente a cada paso con su indómita pasión y exaltándose a la vista sola de un papel cualquiera, después de haber jurado la enmienda, excita la risa de la buena comedia. Aquí notaremos la habilidad del poeta. El confiado no necesitaba ser correspondido; de esta manera era más ridículo, y así lo ha hecho el autor; el celoso, por el contrario, no podía desarrollar su carácter sin haber recibido pruebas muy grandes de amor: así que el autor ha hecho que Luciana le correspondiese en un principio. Verdad es que de aquí nace un gravísimo inconveniente, a saber: que la misma Luciana, que tutea al celoso en el primer acto y le corresponde indudablemente, se halla ya en el tercero, es decir, en horas, tan convencida y fastidiada de la importunidad de su amante, que se echa, sin verter una lágrima siquiera, en brazos del justo medio don Rodrigo. Diríamos que éste pudiera ser el inconveniente de la rigurosa unidad de tiempo, y diríamos que una mujer que se dice enamorada de un hombre no le deja por celoso (porque éste es acaso el carácter que menos choca a la pasión), sino después, por lo menos, de haber sufrido mucho y de haber llorado más; diríamos que generalmente se observa que los amores más duraderos son aquellos en que uno de los dos amantes es extraordinariamente celoso, y añadiríamos que no es el destino de los amores arrebatados el acabarse pronto, sino el acabarse mal. Pero el talento del autor ha previsto todas estas objeciones, y nos ha presentado desde luego una de esas muchachas que no sienten ni padecen, que entran en el mundo con un temperamento indiferente y, por consiguiente, que se guían en su elección por su propia conveniencia, y nunca a ciegas; de esas que encuentra usted dondequiera, que empiezan a corresponder a un amante por hacer algo, por el gusto de tener amante, por cualquier cosa, y que al volver de una esquina le dejan plantado con todo su amor, y toman otro; mujeres, en fin, muy buenas, muy perfectas, muy impasibles. En este género, Luciana y Marcela son admirables, son dos modelos.

¿Nos permitirá el autor que no convengamos con él en una cosa? El calor, sin duda, de su imaginación poética le lleva a formarse a veces una sociedad ideal, donde sólo considera virtudes y vicios, perfecciones y defectos personificados, y situaciones posibles de efecto; esto le aparta de la pintura verdadera de la sociedad en que vivimos: queremos decir que tanto en la Marcela como en ésta los desenlaces no nos parecen naturales. Al fin, en Marcela no hay otro inconveniente contra los usos sociales que el declarar en público a sus amantes lo que sólo puede uno oír en particular; porque si una mujer tiene derecho a no corresponder a un hombre, no le tiene para ponerle en ridículo sólo porque la ama. En Un tercero en discordia es menos verosímil, porque, al fin, si una mujer es tan imprudente que despide en público a sus amantes, ¿qué pueden hacer éstos con una señora sino respetarla? Pero Luciana encarga a su elegido, lo cual es poco delicado, que desengañe a los otros; don Rodrigo lo admite, aunque obligado, y los dos sufren. Esta última parte es la imposible, y en corazones bien puestos sólo de una manera puede desenlazarse. Por otra parte, el señor Bretón insiste en colocar siempre a las mujeres en una posición en que no están en el día en nuestra sociedad; no son ya las reinas del torneo, como en los siglos medios: nadie se sujeta a esos jurados, a esas competencias; más: el hombre desama a la mujer, como la mujer al hombre, y en esto felizmente somos iguales. Todo hombre bien educado es deferente con las señoras; pero las señoras no están por eso exentas de guardar consideraciones al sexo

fuerte: la sociabilidad es recíproca. Mucho sentiríamos que no fuese el autor de nuestra opinión.

Acabaremos este rápido juicio con una observación. En nada brilla más el singular talento poético del señor Bretón que en la sencillez de sus planes: en todas sus comedias se conoce que hace estudio y gala de forjar un plan sumamente sencillo; poca o ninguna acción, poco o ningún artificio. Esto es sólo concedido al talento, y al talento superior. Una comedia llena de incidentes, que cualquiera inventa, es fácil de hacerla pasar a un público a quien siempre cautivan el interés y la curiosidad. El señor Bretón desprecia estos triviales recursos, y sostiene y lleva a puerto feliz, entre la continua risa del auditorio y de aplauso en aplauso, una comedia apoyada principalmente en la pintura de algunos caracteres cómicos, en la viveza y chiste del diálogo, en la pureza, fluidez y armonía de su fácil versificación. En estas dotes no tiene rival, si bien puede tenerlos en cuanto a intención, profundidad o filosofía.

Alguna palabra exótica tildaríamos en Un tercero en discordia; pero ¿qué son esos pequeñísimos lunares en una comedia que ha sido muy reída y que han coronado los aplausos del auditorio? Damos el parabién al señor Bretón por este nuevo lauro adquirido y nos le damos a nosotros mismos.

En los actores se ha notado un celo extraordinario; demasiado celo, si éste puede ser demasiado alguna vez. El artificio del actor consiste en ocultar su celo y su esfuerzo y dominar su habilidad hasta reducirla al punto de la verdad imitada. En el mundo no se observa nunca que cada uno quiera hablar, andar, reír y manotear para arrancar aplausos a los que van por la otra acera; todo esto se hace naturalmente, y el no haberlo hecho así es el defecto general que en toda la comedia hemos notado. ¿Podríamos decirle al actor encargado del papel del padre, sin que se ofendiese, que cuando uno de esos hombres significativos en su acción desabrocha a otro y le escribe en la ropa lo hace por un efecto de distracción, y, por consiguiente, lo hace como quien no hace nada, no se ríe de su misma manía, no escribe en lo interior de la camisa, metiéndole todo el brazo en el cuerpo, sino sólo en la solapa; no mira las prendas que aja, sino a los ojos de su interlocutor, porque si las mirara, las vería, le chocarían a él mismo y se avergonzaría? A su interlocutor don Rodrigo, ¿le podríamos decir que cuando un fracaso de esos sucede no se hacen extremos, sino que sólo en la cara se da a entender, lo menos que se puede, la mortificación? ¿Llevará a mal que le advirtamos que en la sociedad nunca se vuelve uno al público a decirle lo que piensa, porque en la sociedad no hay público; y que en la comedia, que es un remedo de las costumbres, no se debe declamar como en un melodrama lleno de exclamaciones y asombros, sino hablar naturalmente?

Al celoso le diríamos que el deseo de marcar su papel le ha hecho confundir alguna vez los arrebatos de un amante desconfiado con el furor de un marido celoso: un amante, sobre todo en los principios, aunque tenga muchos celos, modera algo más que un marido su genio, porque puede perder la posesión que no ha logrado aún y que éste tiene ya asegurada. No se produce con dominio, sino con reconcentración; reconviene, vilipendia, injuria si es preciso, pero nunca habla con los puños cerrados: las transiciones, sobre todo del furor al cariño, son más marcadas. Nada más tierno y sumiso que un amante celoso en sus lúcidos intervalos.

Hemos dicho ya que los actores no deben acordarse de que existe público; por consiguiente nos ha chocado extraordinariamente que la actriz ama de gobierno haya hecho cortesías al público al recibir aplausos. Buena es la política, pero a su tiempo.

Hemos notado, en general, que gritan demasiado algunos actores, sobre todo cuando creen que lo que dicen debe llamar la atención. En otra ocasión hemos dicho ya que el querer dar valor a las frases suele quitárselo; en realidad, es suponer que el público es sordo o muy torpe: ambas cosas son desagradables. Dolorosísimo nos es haber de encontrar defectos; todo lo más que podemos hacer es escribir nuestra crítica con decoro y apoyándola siempre en razones; pero si la obligación del actor es representar bien, la del crítico es juzgar bien e imparcialmente. En compensación diremos con placer que hemos visto a la par aciertos, y que, segregados los defectillos que hemos notado, esta comedia se ha representado mejor que otras; el barba, sobre todo, ha dado el color verdadero a su carácter, si se le perdona la exageración; y los lunares de los demás actores no merecen que alarguemos este artículo con nuevas observaciones.

---

Súmese como [voluntario](#) o [donante](#) , para promover el crecimiento y la difusión de la [Biblioteca Virtual Universal](#).

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente [enlace](#).

